

Edificando la iglesia a través del hogar

Efesios 5:22-6:4

Dub McClish

Introducción

De las tres instituciones ordenadas por Dios —la iglesia, el gobierno civil y el hogar—, el hogar es la más antigua. Su estabilidad y salud (o su ausencia) afectan fundamentalmente la estabilidad y salud de las otras dos instituciones. Dios creó el primer hogar cuando creó a Adán y luego a Eva, uniéndolos en una ceremonia nupcial divina (Génesis 2:21-22). Su regla para la formación de todos los hogares sucesivos aparece entonces en el registro inspirado: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (v. 24). Tanto el Señor como Pablo reconocieron esta declaración como la voluntad permanente de Dios (Mateo 19:5; Efesios 5:31). Así, desde que Dios creó ese primer hogar, todo hogar sucesivo (que la Biblia autoriza) ha sido formado por un hombre y una mujer que deciden dejar a sus respectivos padres y casarse.

Dado que el hogar, como se describió anteriormente, es originado por Dios y, por lo tanto, ordenado por Él, no debería sorprendernos encontrar la Biblia repleta de instrucciones y normas al respecto. Estas incluyen información dirigida específicamente a cada miembro del hogar y a sus relaciones mutuas. Las leyes bíblicas relativas al hogar no pretenden restringirnos indebidamente ni privarnos de alegría y felicidad. Al contrario, su propósito es preservar y perpetuar la santidad del hogar tal como Dios lo diseñó y brindar la máxima alegría y felicidad en nuestras relaciones familiares.

Dado que la perpetuación del “hogar nuclear” (es decir, el esposo y la esposa y los hijos nacidos de su unión) es ordenada por Dios y constituye la piedra angular de la sociedad civilizada, no debería sorprendernos que sea un blanco predilecto y constante de Satanás y sus secuaces. Los últimos cuarenta años han traído ataques sin precedentes contra el hogar. Estos ataques han incluido la revolución sexual de la década de 1960, la legislación sobre el divorcio sin culpa, el movimiento de liberación femenina, la legalización del aborto, la industria del entretenimiento y los activistas y simpatizantes homosexuales. Detrás de todo esto se encuentra la filosofía del humanismo secular, que ha hecho (y sigue haciendo) todo lo posible por destruir todo lo remotamente relacionado con la Biblia y la creencia en Dios (incluida, por supuesto, la moral bíblica). El hogar ha sufrido enormemente por estos múltiples ataques. El clima social y cultural que enfrentan los jóvenes ahora —y que enfrentarán después de que algunos de nosotros, los mayores, nos vayamos— infunde aprensión en el corazón de todo hijo de Dios sensato.

Todos los factores mencionados deberían inculcarnos la importancia de aferrarnos al concepto bíblico del hogar y alzar la voz por todos los medios posibles para instruir a los demás. Sin duda, tenemos razón al afirmar que la iglesia no puede ser más fuerte espiritual ni moralmente que los hogares que la componen. Hogares más fuertes hacen congregaciones más fuertes, y viceversa. ¿Qué nos enseña la Biblia sobre los hogares que edificarán la iglesia? El mejor resumen de esta doctrina en un solo pasaje se encuentra en Efesios 5:22–6:4. Este pasaje abarca las dos relaciones principales en todo hogar normal y completo: (1) la relación entre esposo y esposa y (2) la relación entre padres e hijos.

Esposos y esposas

Todo hogar, según la definición bíblica, comienza cuando un hombre y una mujer deciden que no desean vivir separados. Deciden dejar a sus respectivos padres y formar su propio hogar prometiéndose amor y fidelidad mutuos de por vida en una ceremonia matrimonial. Las Escrituras son explícitas al detallar la manera en que deben relacionarse como esposo y esposa en esta nueva unión. El Espíritu Santo instruye a las esposas a estar sujetas a sus esposos, como lo están a Cristo (Efesios 5:22-24; cf. Colosenses 3:18; Tito 2:5; 1 Pedro 3:1, 5-6). La esposa debe temer y amar a su esposo (Efesios 5:33b; Tito 2:4). Dios ha hecho al esposo el líder del hogar: “El marido es cabeza de la mujer” (Efesios 5:23). El liderazgo implica no solo autoridad, sino también una gran responsabilidad, por la cual los esposos serán llamados a rendir cuentas. Deben comportarse con amor y sacrificio hacia sus esposas, como Cristo lo hizo con la iglesia (v. 25; cf. Colosenses 3:19). Si los esposos se entregaran por sus esposas como Cristo lo hizo por la iglesia, se eliminaría inmediatamente la mitad de la plaga del divorcio. Si las esposas hicieran lo mismo por sus esposos, se eliminaría la otra mitad.

Los esposos deben proveer y cuidar a sus esposas como se cuidan a sí mismos, y como Cristo cuidó de su esposa espiritual, la iglesia (vv. 28-29). El mismo amor que lleva a un hombre a dejar a su padre y a su madre por la mujer que se convierte en su esposa es el amor que debe continuar por ella (v. 31). Como alguien físicamente más fuerte que ella, debe honrar a su esposa protegiéndola (1 Pedro 3:7).

Estos elementos de la relación entre esposos son ampliamente ignorados, incluso despreciados, por quienes están en el mundo y por algunos en la iglesia. Las mujeres que han crecido bajo la influencia de la “liberación femenina” ridiculizan, detestan y se rebelan contra los pasajes explícitos mencionados que instruyen a las esposas a someterse a sus esposos. De alguna manera, lo consideran degradante e infieren que estos pasajes implican algún tipo de inferioridad en el sexo femenino, lo cual, por supuesto, no es cierto. Conozco a algunas esposas cristianas que son espiritual o intelectualmente superiores a sus esposos. (De hecho, sospecho

que una de ellas vive donde yo vivo). Someterse al esposo no la hace inferior en ningún sentido. Al proveer sus bendiciones espirituales, Dios no reconoce distinciones entre hombres y mujeres (Gálatas 3:28b). Sin embargo, en el hogar (como en la iglesia), Dios exige las distinciones que hemos revisado en las relaciones entre hombres y mujeres.

La sumisión de una esposa a su esposo no la obliga a sufrir abuso continuo, quizás incluso con riesgo de su vida, a manos de alguien que es una bestia cruel e inhumana. La autoridad de un esposo sobre su esposa jamás puede justificar un trato despótico y tiránico, por no mencionar cruel y abusivo, hacia ella. Si bien la autoridad del esposo implica que, eventualmente, la responsabilidad recae en él, no es amoroso ni cariñoso (ni sabio) si no consulta a su esposa sobre asuntos que afectan tanto su vida como la suya (por ejemplo, compras importantes, mudanzas, crianza de los hijos, recreación, etc.).

Al igual que en la iglesia, también en el hogar: el camino de Dios es el correcto y el camino hacia nuestra felicidad suprema. Cuando los hombres y las mujeres desechan el modelo de Dios para el matrimonio, el divorcio, las segundas nupcias y el hogar en general, se acarreamos una miseria multiplicada sobre sí mismos y sobre millones de niños inocentes que han traído al mundo.

Padres e hijos

La mayoría de los esposos y esposas se convierten en padres y madres, lo cual también forma parte del plan de Dios (Génesis 1:28). Por consiguiente, Pablo continúa su análisis de los esposos y esposas con instrucciones para los padres y sus hijos. Los hijos (incluidos uno o más) deben obedecer a sus padres (tanto a la madre como al padre) “porque esto es justo” (Efesios 6:1b) y “esto agrada al Señor” (Col. 3:20b). No solo eso, sino que los hijos deben honrar a sus padres, momento en el cual Pablo citó el quinto mandamiento del Decálogo (Éxodo 20:12) y lo aplicó a la era cristiana (Efesios 6:2-3).

El mandato de que los hijos obedezcan a sus padres implica que los padres deben exigir dicha obediencia desde muy pequeños. La mayoría de los niños son lo suficientemente inteligentes, incluso a temprana edad, como para poner a prueba sus límites y ver hasta dónde pueden forzarlos. Los límites impuestos por los padres carecen de sentido sin la disciplina y el castigo por las transgresiones. Los padres cometen un trágico error cuando uno quiere disciplinar a su hijo, pero el otro intenta impedirlo. Un niño pronto aprenderá exactamente cómo enfrentar a uno contra el otro para su propio beneficio. Para millones de padres, los límites y la disciplina son términos extraños y conceptos aún más extraños. El Dr. Benjamin Spock, a través de su libro sobre la crianza de los hijos y su generación contemporánea de psicólogos ingenuos, convenció a los padres hace dos generaciones de que “estorbarían” a sus hijos si los restringían. Así, en

lugar de deformar los traseros de Suzie o Johnny como la Biblia enseña a los padres (Proverbios 13:24; 22:15; 23:13-14; 29:15), los padres deformaron sus personalidades al permitirles patearlos en las espinillas y gritar “no” a las órdenes paternas. El resultado fue una generación indisciplinada que, a su vez, ha producido una generación aún menos disciplinada. A pesar de lo obvio, los planificadores sociales aún no comprenden por qué las escuelas públicas están plagadas de niños que pronuncian obscenidades, desafían la autoridad, atacan a los profesores e incluso cometen asesinatos y violaciones. Aunque Spock se retractó de sus desastrosos consejos sobre crianza en sus últimos años, como el antiguo rey Manasés, arrepentido de sus malvados primeros años, el daño que causó fue irreversible.

El jurado aún no ha decidido quién fue más irracional: Spock con su elixir desenfrenado o los padres que lo abrían con entusiasmo. Antes de culpar a Spock con demasiada dureza, quizás deberíamos recordar que nadie obligó a los padres a aceptar su idiotez. Al parecer, creían que la suya era la solución fácil: dejar que los pequeños crecieran solos, haciendo lo que quisieran. Sin embargo, esa solución fácil ha causado una tragedia, un dolor y un sufrimiento incalculables para estos niños obstinados e incorregibles, las víctimas de sus crímenes, y sus padres. De hecho, toda la nación ha pagado (y está pagando) un precio terrible por este enfoque antinatural e insensato de la paternidad.

Pablo también aborda en este contexto el extremo opuesto: la disciplina innecesariamente severa: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4; Colosenses 3:21). Si bien ambos padres tienen responsabilidades disciplinarias, observamos nuevamente que la responsabilidad principal de liderazgo sigue recayendo plenamente sobre los hombros del esposo/padre. La disciplina y los límites severos e injustos provocan ira y desánimo innecesarios, y pueden ser tan contraproducentes como la falta de disciplina. Los padres sabios procurarán ejercer disciplina y establecer límites para sus hijos que sean:

- Conformes a las directrices bíblicas (p. ej., pureza, influencia, compañías, hábitos, etc.).
- Consistentes (no se debe castigar con dureza hoy lo que ayer se ignoró).
- Unidos (Mamá y papá nunca deben discutir sobre disciplina delante del niño).
- Realistas (p. ej., no exigir que un niño de 3 años corra 5 kilómetros por no recoger sus juguetes).
- Dolorosos (cuando no se respetan).

Si los niños no aprenden a respetar la autoridad y a obedecer a las figuras de autoridad en el hogar (papá y mamá), a menudo nunca lo aprenden. Los niños reciben sus primeros conceptos de Dios de sus padres, especialmente de sus padres. Por lo tanto, los padres tienen la enorme responsabilidad de hacerlo bien. Si ven permisividad, falta de firmeza y falta de

disciplina en el querido papá, pueden extrapolar fácilmente estas características a Dios. ¿Podría esto explicar por qué muchos conciben a Dios como un “Papá Noel” celestial que trae regalos a todos, sin importar si se portan bien o mal? Creo que sí. Por el contrario, si los niños tienen un padre cruel y despiadado que solo espera atraparlos en alguna infracción, es muy posible que vean a Dios desde esa perspectiva.

Es muy triste observar que muchos padres cristianos se encontraban entre quienes eligieron el libro de Spock en lugar del Libro del Espíritu —la Biblia— como recurso para la crianza de sus hijos. Mi juicio es que su grave error explica en gran medida una generación de descendientes rebeldes, confundidos y de mentalidad liberal que en los últimos años se han convertido en ancianos y predicadores agentes de cambio en la iglesia y administradores y profesores en las escuelas.

Conclusión

¿Afectan los hogares bíblicamente disfuncionales a las congregaciones? ¿Vuelan los gansos? ¿Ladran los perros? Las mujeres que buscan roles de liderazgo prohibidos en la iglesia (1 Corintios 11:1-3; 14:34; 1 Timoteo 2:8-13) probablemente no se sometieron a la autoridad de sus esposos en casa. De igual manera, los hijos que no tienen límites en casa probablemente no vean la necesidad de observar los límites de Dios en la iglesia. Por otro lado, los hijos de padres cristianos excesivamente opresivos y crueles pueden desilusionarlos de Dios y de la iglesia.

La otra cara de la moneda también suele ser cierta. Los niños que crecen con límites razonables y con una disciplina constante y amorosa de padres cristianos son bendecidos indescriptiblemente. Tienen la mejor oportunidad de ser hijos de Dios fuertes, fieles y celosos. ¡El Señor no tiene muchos de estos en sus congregaciones! Estos hogares cristianos fuertes son la mayor fuente de fortaleza en cualquier cuerpo espiritual.

[Nota: Escribí este manuscrito y presenté un resumen del mismo en forma oral en la conferencia organizada por Northeast Church of Christ, Hurst, Texas, el 3 de abril de 2005.]

Atribución: De *thescripturecache.com*; Dub McClish, propietario, curador, y administrador

Traducido por: Jaime Hernandez.